

# LA CONQUISTA DEL NOROESTE EN LA HISTORIOGRAFÍA GALLEGA DEL S. XIX: VICETTO Y MURGUÍA\*

## THE CONQUEST OF THE NORTHWEST IN THE HISTORIOGRAPHY OF GALICIA IN THE 19<sup>TH</sup> CENTURY: VICETTO AND MURGUÍA

M.<sup>a</sup> DOLORES DOPICO CAÍNZOS Y JUAN SANTOS YANGUAS  
USC – UPV/EHU  
mdolores.dopico@usc.es  
juan.santos@ehu.es

*Resumen:* Se trata de poner en evidencia la valoración que de la conquista del noroeste de Hispania por parte de Augusto realizan dos autores gallegos del s. XIX y las correspondientes implicaciones.

*Palabras clave:* Historiografía, Noroeste de Hispania, Galicia, nacionalismo, Vicetto, Murguía.

*Abstract:* This article aims at highlighting the value of the story that two 19th century Galician authors wrote about the conquest of Northwestern Hispania by Augustus and its implications.

*Keywords:* Historiography, Northwestern Hispania, Galicia, nationalism, Vicetto, Murguía.

*Recibido:* 16-05-2014

*Informado:* 19-05-2014

*Definitivo:* 28-05-2014

En este trabajo analizaremos la visión que ofrecen dos obras fundamentales de la historiografía gallega del s. XIX sobre el emperador Augusto y la conquista del Noroeste. Bajo el mismo título —*Historia de Galicia*— y a partir del mismo año, 1865, B. Vicetto (1824-1878) y M. Martínez Murguía (1833-1923) emprendieron la publicación de un relato histórico que debía abarcar toda la historia de Galicia desde sus inicios hasta su época, algo que hasta ese momento nadie había realizado<sup>1</sup>. Compar-

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación del MINECO HAR2011-27431 «La construcción política de los territorios romanos en la provincia Hispania Citerior (197 a.C.-69 d.C.)», encuadrado en el Grupo de Investigación Consolidado (B) del Gobierno Vasco IT760-13.

<sup>1</sup> Iniciaron su publicación de forma prácticamente simultánea, pero, en tanto Vicetto lograría culminar su trabajo en siete tomos que llegan hasta la época de Isabel II, la publicación de la obra de Murguía fue más irregular

y nunca concluida. En 1865 apareció, por fascículos, el tomo primero; dos años más tarde consiguió publicar el segundo. Sin embargo los siguientes se retrasarán notablemente, en parte por problemas de edición y en parte porque se dedicará a trabajar en otras obras. Como consecuencia de ello, tan solo llegará al quinto tomo (incompleto) 48 años después, en 1913, deteniéndose en la Edad Media. El resto no lo llegaría a escribir nunca. Sobre el proceso de publicación y sus problemas *vid.* Barreiro 2001, 16 ss.; 2012, 584 ss.

tían una ideología que les llevó a escribir una historia de base liberal y progresista, con una metodología historicista. Diferían, sin embargo, en otras muchas cuestiones, desde la diferente valoración e interpretación de las fuentes hasta el rigor de su relato histórico. Vicetto, siguiendo a A. Carrel, reivindicaba el derecho a la imaginación, a vivir *idealmente* en los siglos anteriores, lo que requería una «*imaginación muy viva y con ella aquel don rarísimo de la adivinación histórica*» (o.c., vol. I, 46). Esto, unido a su peculiar personalización de los acontecimientos y a su providencialismo, hizo su obra muy popular<sup>2</sup>. Murguía, en cambio, con una mayor formación intelectual que Vicetto y un amplio conocimiento de la investigación histórica europea, será más apreciado por los sectores más cultos de la sociedad gallega<sup>3</sup>. En cualquier caso, las suyas son las dos obras históricas fundamentales de la Galicia del s. XIX, cuya repercusión, como veremos más adelante, se prolongará, tanto en los medios académicos como en la sociedad en general, hasta bien entrado el s. XX.

#### LA HISTORIA COMO FUNDAMENTO DEL NACIONALISMO

En gran medida el éxito de sus *Historias* se debió a la ideología que subyacía en ellas, ya que no fueron escritas por interés científico o de investigación. Ninguno de los dos era historiador de formación ni de profesión, ni disponían de una formación académica superior. Vicetto carecía de estudios superiores, en tanto Murguía solo inició la carrera de Farmacia en la Universidad de Santiago, que pronto abandonó. Aunque aficionados y estudiosos de la historia, en la mayor parte de su vida sus actividades profesionales nada tuvieron que ver con ella. Vicetto fue voluntario del ejército y después trabajó para el Estado en diversas ocupaciones, que lo llevaron desde el cuerpo de prisiones hasta la dirección de la Fábrica de Moneda cercana al Ferrol (Jubia, Narón) para acabar como funcionario de Hacienda. Manuel Murguía destacó por su obra literaria, pero profesionalmente se dedicó a actividades tan diversas como el periodismo, fue Jefe del Archivo de Simancas (1868-1870), Archivero del Reino de Galicia (1870-1875) y de la Biblioteca universitaria (1892), Cronista del Reino de Galicia y finalmente Presidente de la recién fundada Real Academia Galega<sup>4</sup>.

No es, por tanto, una carrera académica la que les lleva a escribir las primeras historias de Galicia, sino una razón política que no se puede desvincular de las corrientes nacionalistas que surgen en la Europa del XIX a partir de la Revolución Francesa. Estas corrientes se materializan en muchos casos en elaboraciones teóricas y en historias nacionales que serán utilizadas para

<sup>2</sup> La subjetividad en sus apreciaciones históricas está siempre presente: «Querer en materias tan oscuras y tan distantes de nosotros, que se produzcan pruebas convincentes y argumentos positivos y sin réplica es exigir *demasiado* (...) Debemos, pues, contentarnos con lo que parece más probable y *no desechar* sino lo visiblemente falso (...) vamos a escribir lo que creemos constituye la historia de Galicia (...) hemos reunido cuantos datos nos ha sido dable reunir para nuestro trabajo (...) nuestro instinto, nuestro racionalismo adopta los que cree más verosímiles» (vol. I, p. 44; la cursiva es del autor). Esta actitud ha sido muy criticada por la investigación actual y ha supuesto un cierto arrinconamiento de su obra, sobre todo en relación a la de Murguía, mucho mejor valorada (González Beramendi 1995, 202; Villares 2000, 395 ss.; Cavada y Núñez 2008, 29).

<sup>3</sup> En su Prólogo (vol. I, XLI ss.) cita algunos de los autores en los que ha basado su obra, que incluyen tanto los historiadores gallegos más conocidos, como el P. Flórez, el P. Sarmiento o Cornide, como los extranjeros que entonces tenían mayor aceptación, entre los que se encuentran Thierry, Macauley o Michelet. Otros muchos serán utilizados a medida que lo requiera su relato; *vid.* la relación completa de estos autores en Risco 1933, XXXII ss. Sobre la utilización de sus fuentes *vid.* Barreiro 1993, 194.

<sup>4</sup> La más completa y pormenorizada investigación biográfica sobre Murguía es la de Barreiro (2012); en cuanto a su formación histórica, el concepto y metodología de su obra, *vid.* Villares 2000, 392 ss.; sobre Vicetto, *vid.* Barreiro 1988, 69 ss.

sustentar la reivindicación de los nuevos Estados o de los territorios que aspiran a serlo<sup>5</sup>. Galicia no es una excepción y tendrá su propio movimiento nacionalista, que se desarrolla aproximadamente a lo largo de un siglo, entre los años 1840 y 1940<sup>6</sup>. El papel de Murguía será clave en este movimiento, ya que será quien supere las primeras corrientes provincialistas y regionalistas, que estaban muy poco cohesionadas, a pesar de contener ya algunos elementos fundamentales de la teoría política. Partiendo sobre todo de los conceptos nacionalistas del historiador Thierry, logra crear la idea de Galicia como nación que será seguida por las ideologías galleguistas hasta la actualidad<sup>7</sup>.

La aparición de las bases de ese nacionalismo gallego en su Prólogo al primer volumen de la *Historia de Galicia* no es casual<sup>8</sup>. En el s. XIX no encontramos en Galicia elaboraciones teóricas sobre el nacionalismo, y no aparecerán hasta principios del s. XX, con la publicación de la obra de V. Risco<sup>9</sup>. Los fundamentos de ese incipiente nacionalismo del XIX se buscaban en la historia, es ella quien justifica la singularidad de un pueblo: es el pasado el que permite reivindicar un trato diferenciado en la actualidad. De ahí la importancia de estas *Historias de Galicia*, como bien señalaba Vicetto en el prólogo de su primer tomo:

«Emprendo un trabajo de mucha importancia literaria, al impulso de una aspiración respetable, la de llegar a dotar a mi país de una historia, propiamente dicha, ya que no tiene ninguna (...) La historia de Galicia es, por el contrario, la historia del primer pueblo de Europa, pues desde sus últimos ventisqueros surgió la raza más dominante» (*o.c.*, vol. I, VII).

Esta declaración de intenciones nos presenta una segunda cuestión relevante, la importancia de los períodos iniciales de la historia de Galicia para el discurso nacionalista.

Pezron en su *L'Antiquité de la nation et le lingue des celtes* (1703) destacó la importancia de remontar la singularidad de un pueblo cuanto más atrás mejor y tal principio fue cuidadosamente respetado por los historiadores gallegos. J. Vereá y Aguiar (1775-1849) solo pudo cumplirlo parcialmente con su *Historia de Galicia*, de la que únicamente publicó el tomo titulado *Primera parte que comprende los orígenes y Estado de los pueblos septentrionales y occidentales de la España antes de su conquista por los romanos*<sup>10</sup>. Fue suficiente para exponer los orígenes remotos de Galicia y crear

<sup>5</sup> Con distintas tendencias, desde las liberales emanadas del propio movimiento revolucionario, a las histórico-organicistas germanas que supone una defensa de las sociedades del Antiguo Régimen (Maiz 1984, 141 ss.).

<sup>6</sup> Esta es la datación habitualmente aceptada por la mayoría de la investigación. La fecha inicial la señala Murguía y la comparten destacados galleguistas del s. XX, como V. Risco o F. Fernández del Riego. Algunos investigadores han pretendido llevarla a un período anterior, al de la Ilustración, cuando aparecen los primeros movimientos progresistas y se crean las Juntas, pero esta periodización ha tenido escasa aceptación (González Beramendi 2007, 44; sobre estos primeros movimientos *vid.* la monografía de Barreiro 1977).

<sup>7</sup> La fase provincialista abarcaría los primeros años del s. XIX y, aunque ya encontramos en J. Vereá y Aguiar la idea étnica del celtismo como elemento diferenciador, no hay un pensamiento sobre Galicia sistemático ni bien definido. En la fase regionalista, que se prolongaría hasta

1916, será Murguía quien dé paso a la idea de nación (Maiz 1984, 141; González Beramendi 1985, 172 ss.).

<sup>8</sup> En la correspondencia personal que Murguía mantiene con el propio Vicetto y con otros amigos, ya queda clara con qué intención va a escribir su historia, que está concebida como un instrumento de apoyo a las reivindicaciones políticas; *vid.* fragmentos de algunas de estas cartas en Barreiro 2001, 14.

<sup>9</sup> A diferencia de Vicetto y de Murguía, V. Risco era historiador de formación y de profesión, ya que ejerció como Catedrático en la Escuela Normal de Orense. Reflexionará teóricamente sobre algunas cuestiones del nacionalismo y tendrá influencias muy diversas, que van desde el pensamiento oriental hasta Spengler, con todo ello elaborará una ideología original que presenta una visión global del mundo junto a una teoría de Galicia y de la nación gallega. Sobre las diversas fases de su pensamiento e influencias, *vid.* González Beramendi, 1980. Sobre las influencias en su obra, *Id.*, 1985, 180 ss.; Fernández 1995, 69 ss.

el mito del celtismo gallego, basándose en esa división entre iberos y celtas de la península que realiza Masdeu en su *Historia crítica de España y de la cultura española* (1714). Vicetto fue absolutamente consecuente con esta afirmación y en su peculiar división de la historia empezó por la que, a su juicio, era la etapa inicial, la del Diluvio universal, que hasta se permite datar con una precisión asombrosa: habría tenido lugar en el 2416 a.C. A partir de aquí vincula los orígenes celtas a la narración bíblica. La llegada a la península del nieto de Noé, Túbal, llevará a la división del territorio entre sus hijos, con la consecuente aparición de celtas e iberos, y la atribución del Noroeste a Brigo<sup>11</sup>. De ahí puede dar un paso más en el fortalecimiento de la antigüedad galaica, afirmando que Brigo era el «progenitor ilustre de aquella raza primitiva de Galicia, raza que más que aborigen pudiéramos denominar autóctona, esto es, según la fuerza del término, natural de la misma tierra que ocupaba» (vol. I, 18). No deja de sorprender el recurso de Vicetto al mito de la autoctonía, bien conocido entre los griegos. Si Atenas lo había utilizado para mostrar su superioridad sobre Esparta (Tuc. 2.36), aquí se utiliza para afianzar la originalidad galaica<sup>12</sup>.

Murguía, más moderado, rechaza los orígenes bíblicos, que considera pura ficción (Prólogo vol. I, XXVII) y se remonta simplemente a los celtas, de incierta datación (Barreiro 1986). En cualquier caso, aunque su visión del celtismo contiene notables diferencias respecto al inicial de Vereá y Aguiar, éste también se constituye en su obra en el mito fundador de la nacionalidad gallega (I, 474)<sup>13</sup>.

De esta manera ya tenemos elaborado el «hecho diferencial» que marcará toda la historiografía galaica del s. XIX: el mito del celtismo, raza pura, original, diferente del resto de España que convierte a Galicia en un territorio peculiar, con historia propia y justifica sus reivindicaciones actuales.

Una vez establecida la originalidad galaica, ésta se refuerza, como ocurre en todos los procesos de afirmación de la identidad, en relación a los *otros*, a los que son distintos, a los que se oponen a nosotros por su raza, costumbres o naturaleza. Ningún historiador del XIX, por muy nacionalista que fuese, pretendería ignorar los contactos con otros pueblos, en palabras de Murguía: «Bien es verdad que no hemos sabido conservar nuestra raza al abrigo de toda irrupción, y que a cada paso vemos como el colono romano se mezcla y confunde con los hombres de origen céltico» (vol. I, 8). Partiendo de interpretaciones poco rigurosas de los textos clásicos, se reconocían contactos con los

<sup>10</sup> Es el más importante de los autores anteriores a Vicetto y Murguía, junto con L. Martínez Padín (*Historia política, religiosa y descriptiva de Galicia*, 1848) y A. Faraldo, autor de varios artículos dados a conocer en la prensa local. Todos ellos realizan unas construcciones históricas carentes de cualquier fundamento, pero Vereá y Aguiar es quien tendrá mayor influencia porque introduce el mito del celtismo. No dudó en afirmar que el origen de los pueblos celtas estaría en el Noroeste peninsular y en Lusitania y, a partir de aquí, iniciarían su expansión peninsular, primero, y europea después. Daba así la vuelta a las tradicionales teorías del origen galo de los pueblos celtas instalados en la península. Sobre las bases de esta doctrina vid. los trabajos de Barreiro 1986, Juega 1996, López García 1997: 100. Sobre la repercusión actual del celtismo, *vid. infra*, p. 000.

<sup>11</sup> Vicetto vol. I, 6. Como es evidente, esto implica ignorar el desarrollo de la arqueología y *de facto* negar la existencia de un largo período prehistórico, pues para él la antigüedad del hombre se sitúa en torno al 4000 a.C. Se atreve, incluso, a

describir pormenorizadamente las características de estos pueblos, entre las que se encuentran su habla hebrea, la religión monoteísta y la sociedad patriarcal. Sobre la visión de la prehistoria en su obra, *vid.* Pereira González 1998, 452 ss.

<sup>12</sup> Y, siguiendo a Vereá y Aguiar, también le permite difundir el celtismo al resto de los países europeos: «(...) la grande, la incommensurable, la providencial gloria que tiene Galicia de haber poblado con sus celtas la Celtiberia, con sus *gaos* o galos, la Francia, con sus yernos o *brigaos* la Irlanda, la Escocia o la Inglaterra» (Vicetto vol. I, Prólogo VI).

<sup>13</sup> En su obra se unen el celtismo, vinculado al mito de la raza aria desarrollado por el pensamiento germánico, con el etnicismo de Thierry. Con esto no solo sostiene el origen celta de los gallegos, sino que afirma su persistencia en su época (*vid. infra* p. 177), superando los postulados iniciales de Vereá y Aguiar. Este pensamiento se encuentra, además de en su *Historia de Galicia*, en su otra gran obra titulada *Galicia*, (Maiz 1984b, 158 ss.).

fenicios, los griegos, los cartagineses y, sobre todo, con los romanos. Ahora bien, estas relaciones estaban jerarquizadas según un criterio muy preciso: el grado de dependencia que existía entre ambos. A excepción de Roma, los otros pueblos mediterráneos habían mantenido una relación limitada, generalmente de carácter comercial, que no había supuesto la dominación efectiva de Galicia y, por tanto, no eran valorados negativamente (Murguía *o.c.*, vol. I, 14, 20; II, 161; Vicetto vol. II, 7). El gran cambio se había producido con Roma, el único Estado que había conseguido conquistarla, estableciendo un dominio que se prolongaría durante cinco siglos y, naturalmente, en ese proceso Augusto desempeñó un papel esencial al ser quien lo culmina. Roma adquiere un protagonismo especial, pero era preciso realizar un relato histórico que permitiese encajar la derrota y la sumisión sin menoscabar el «hecho diferencial» gallego. Partiendo de una cuidadosa interpretación y manejo de las fuentes, se construyó un relato histórico que limitó el impacto de la conquista y consolidó la originalidad galaica. Veremos estos tres aspectos a continuación.

#### LAS FUENTES Y SU UTILIZACIÓN EN LA ELABORACIÓN DEL RELATO HISTÓRICO

A pesar de su escasa formación académica, tanto Vicetto como Murguía son conscientes de que es preciso superar el tipo de «historia apologética» practicado desde el s. XVI, en el que las fuentes no merecían ninguna consideración, por lo que la mayoría de la elaboración histórica carecía de fundamento (Barreiro 1993, 183 ss.). Por el contrario, ahora se destaca su importancia junto a la de otras disciplinas —lingüística, arqueología, paleografía, epigrafía, numismática— que permiten hablar de un claro progreso en el conocimiento histórico (Murguía, *o.c.*, vol. I, XXV). Ahora bien, el peso que adquieren en la construcción del relato depende tanto del nivel de investigación que había en la Galicia del s. XIX como de la valoración que cada uno hace de ellas. Como veremos a continuación, Vicetto relativiza la información que se puede obtener en algunas, en tanto Murguía profundiza en su análisis. Las consecuencias, como veremos, son obvias, ya que a las peculiares teorías del primero se oponen análisis muy precisos de Murguía que, en algunos casos, coinciden plenamente con la investigación actual.

Las fuentes numismáticas, ya de por sí escuetas en su información, son también las que menor relevancia tienen para ambos, prácticamente las ignoran y las limitan a menciones anecdóticas, que no aportan nada relevante a la construcción histórica. Bastarán dos ejemplos para verlo. Vicetto, utiliza los hallazgos de monedas de Carisio para probar su permanencia en Galicia como legado del emperador, para lo cual cita su leyenda (*P. Carisius Leg. Aug.*). A partir de estos datos objetivos deduce, sin más fundamento, que su misión sería la de fundar las tres ciudades del Noroeste (*o.c.*, vol. II, 78). Murguía también es bastante impreciso cuando afirma que algunas monedas «autónomas» demostrarían que las alianzas eran habituales entre los pueblos indígenas, lo que demostraría su hipótesis de que los gallegos, siguiendo esta costumbre, habrían sido aliados de los lusitanos (Murguía vol. II, 220). Estos dos ejemplos nos muestran un escaso conocimiento de las fuentes numismáticas. No indican de dónde obtienen su información —si las vieron personalmente o las toman de una referencia bibliográfica— ni las circunstancias y el lugar de su hallazgo, su iconografía, o la lengua de las leyendas de las indígenas, si las hubiese. Es una primera muestra de cómo las fuentes se utilizan para reforzar una hipótesis previamente formulada, no para extraer información de ella.

Las fuentes arqueológicas se utilizan también en pocas ocasiones, nada extraño si tenemos en cuenta la carencia de estudios e investigaciones específicas. No se implantó una formación académica y pública en este campo hasta principios del s. XX, cuando se inician los estudios de Historia en la Facultad de Letras de la Universidad de Santiago. En este sentido hay que destacar el mérito

que tuvo Murguía a la hora de valorar esta fuente con un concepto actual y no decimonónico, ya que no solo le interesa lo monumental o lo estéticamente llamativo, sino que comprende el interés que tienen objetos menores, utensilios de la vida corriente, cerámica o incluso los huesos como instrumentos válidos para reconstruir determinados aspectos de las sociedades antiguas (Pereira González 1996b, 13). Conoce muy bien las publicaciones europeas sobre esta materia, pero esto no evita que, cuando inicia la redacción de su obra, el único conocimiento de los restos se obtiene de la simple observación de lo que se distingue a simple vista, pues no hay nada excavado (Pereira González 1996, 29; 1996b, 9). La ausencia de trabajos de campo se mantiene hasta la realización de las primeras excavaciones, en torno a 1860, con los trabajos de Villaamil y Castro, que en 1873 publicará los resultados en su obra *Antigüedades Prehistóricas y célticas de Galicia*, precedido poco antes por Saralegui Medina con sus *Estudios sobre la época céltica en Galicia* (1867). Como indican sus títulos, estas primeras monografías se centran principalmente en los últimos estadios de la Prehistoria, notablemente a partir del megalitismo. Le seguirán otras obras dedicadas al mundo romano, en las que destaca por su notable divulgación la de Barros Silvelo, *Antigüedades de Galicia* (1875).

A finales del XIX empezaran a realizarse un mayor número de excavaciones con el apoyo de algunas entidades públicas y sociedades privadas, como el Museo Provincial de Orense, la Sociedad Arqueológica de Pontevedra y la Sociedad Económica de Amigos del País. Sin embargo el nivel científico y los datos obtenidos en todas ellas son muy discutibles y en nada semejantes al rigor que presidirá los trabajos del *Seminario de Estudos Galegos* (1923) que tendrá una sección específica dedicada a la Arqueología, Prehistoria y Etnografía<sup>14</sup>.

Tanto Vicetto como Murguía se acercan personalmente a algunos de los restos conservados y que son fácilmente reconocibles, y de esa observación, de la crítica de las interpretaciones de otros historiadores, de la comparación con elementos actuales<sup>15</sup> surgirá la *inducción* que los vinculará a la historia del país (Murguía *o.c.*, vol. I, XLI; Vicetto *o.c.*, vol. I, 72 ss.). Esto último explica que su mayor interés residirá en aquellos monumentos que consideran celtas, que son todos los megalíticos y los castros (Martín-Torres 2000, 224) en tanto las alusiones al mundo romano serán más escasas. Así que ambos dedican capítulos enteros exclusivamente a estos monumentos, describen con minuciosidad los diferentes tipos que creen reconocer en restos gallegos (cromlechs, dólmenes, menhires), los comparan con los conservados en otros países celtas (Irlanda, Francia, Inglaterra...), los dibujan, recogen sus grabados e interpretan su uso dentro del universo celta (Murguía *o.c.*, vol. I, 568 ss.; Vicetto *o.c.*, vol. I, 71 ss.).

Los restos romanos, en cambio, serán mencionados como testimonio del paso de Roma, pero se introducen en medio del relato sin dedicarles capítulos específicos, y generalmente son descritos brevemente. Se alude a los restos de las grandes obras públicas (vías, puentes, las murallas de Lugo), restos termales o mosaicos (Vicetto *o.c.*, vol. II, 134 ss.; Murguía *o.c.*, vol. II, 487 ss.; 498 ss.) como una de las consecuencias de la conquista. En cuanto a su interpretación, de nuevo se tratará de subordinar al esencial objetivo: la exaltación de Galicia. Pondremos otros dos ejemplos que solo son en apariencia contrapuestos.

<sup>14</sup> Realizó un trabajo notable y supone un vuelco en la investigación arqueológica de Galicia, con recopilaciones de material realizadas a partir de 1923, el planteamiento original de monografías especializadas e interdisciplinarias, como se verá en los trabajos de López Cuevillas o Maciñeira (Barreiro

1993, 190; Pereira González 1996, 9-10; 1996b, 23 ss.; 1997, 80).

<sup>15</sup> Por ejemplo para Vicetto (*o.c.*, vol. I, 76) los dólmenes no serían antiguos enterramientos, sino los lugares en que se refugiarían las familias de los patriarcas al modo que lo hacen en su época los pastores en construcciones semejantes.

Murguía creía que las historias tradicionales del s. XVIII, basadas en las fuentes grecolatinas, otorgaban todo el mérito del desarrollo y la civilización a Roma. Nada de extrañar que un monumento tan extraordinario como el antiguo faro de A Coruña, la conocida como Torre de Hércules, sea considerada una construcción romana, cuando a su entender debía de ser fenicia, pues fueron ellos los que dieron importancia al comercio y a los enclaves marítimos. Dedicó un capítulo entero a argumentar tal hipótesis (Prólogo vol. I, XXIV; II, 103 ss.). De esta manera uno de los grandes monumentos conservados, extraordinariamente visible, símbolo de la ciudad de A Coruña, no se debía a nuestros conquistadores, cuyo mérito quedaba, así, un poco más menguado.

Vicetto, en cambio, defendía la romanidad de los restos conocidos hoy como *Torres del Oeste* (Catoira, Pontevedra), que, a su entender, eran las antiguas *Arae sextianae*. La razón por la que los historiadores «habían adulterado este punto estaba en su afán por negarnos toda huella luminosa de la antigüedad» (o.c., vol. II, 80)<sup>16</sup>. Afirmar, en este caso, el origen romano de unos restos, permitía demostrar que aquí también se contaba con grandes monumentos y con restos antiguos de un valor considerable.

En el manejo de la epigrafía, sin embargo, encontramos mayores diferencias entre ambos autores. Tampoco es extraño, si pensamos en la mayor complejidad que presentan las lecturas e interpretaciones de las mismas y en la inexistencia de recopilaciones. A esto se añade la distinta formación de cada uno. Vicetto desconfía de su valor como fuente histórica, y para demostrarlo recurre a las diferentes lecturas de que ha sido objeto la inscripción situada cerca de la Torre de Hércules dedicada a su arquitecto, C. Sevio Lupo (*CIRG* I, 2). La inseguridad mostrada en las distintas copias e interpretaciones «ha hecho muy dudosa toda solución histórica fundada en la lapidaria; así que poco o nada nos ocupamos de la lapidaria en el cuerpo de la historia» (o.c., vol. II, 139) y así lo cumple. No parece que se haya molestado en observar personalmente las inscripciones, no ofrece interpretaciones propias, y las escasas veces que las menciona, se limita a señalar los autores de los que las ha tomado, de modo que las imprecisiones y los errores, como él mismo reconocía, son inevitables<sup>17</sup>. La información extraída es escasa e imprecisa, tan solo algunos teónimos o la breve alusión —sin el texto— de unas *lápidas sepulcrales* de los magistrados del 145 a.C. como testimonio de las campañas lusitanas, y de las que solo ofrece la referencia al lugar en donde se hallaron (Vicetto o.c., vol. II, 19).

Bien distinta es la atención que Murguía presta a la epigrafía. Reconociendo las dificultades que supone recoger textos de copistas de diversa procedencia, los consiguientes problemas de transmisión, la imposibilidad de corregir muchas de ellas por haber desaparecido o la publicación y difusión de las falsas, destaca, sobre todo, su enorme valor como fuente histórica. Sugiere nuevas posibilidades de estudio. Cree, por ejemplo, que sería interesante disponer de mapas en los que se sitúen los hallazgos de las inscripciones para confirmar algunas hipótesis. Pensaba que se podría así demostrar su hipótesis de que las votivas dedicadas a divinidades romanas se encontrarían en sus colonias, en tanto las dedicadas a divinidades indígenas se localizarían en el resto del territorio que se supone habitado por nativos (vol. II, 503). No solo las utiliza como apoyo de su relato, bien en el propio texto o bien en notas, sino que al final de su segundo volumen realiza una recopilación de 63 inscripciones que pretende sea un pequeño *corpus* de inscripciones latinas de Galicia (o.c., vol. II, 653). Va acompañado del texto latino, a veces desarrollado y con traducción, en ocasiones de datos del lugar del hallazgo o en donde

<sup>16</sup> El asentamiento fue objeto de excavaciones recientes, a partir de 1989, que demostraron su importancia en época romana y sus destacadas relaciones comerciales debidas a su excelente situación estratégica, en la desembocadura del río Ulla, el segundo más importante de Galicia y navegable

hasta Padrón. En modo alguno, sin embargo, puede identificarse con una fundación augústea como la que sugería Vicetto (Naveiro 2004, 59 ss.).

<sup>17</sup> Las toma de copistas y eruditos como Morales, Cornide, López Seoane y Cea Bermúdez (o.c., vol. II, 122, 136, 165 ss.).

están depositadas. En algunas ocasiones no acepta sin más las interpretaciones de otros y ofrece las suyas propias<sup>18</sup>. Su bibliografía es también más cuidada y extensa, ya que además de los historiadores y recopiladores españoles menciona otros extranjeros, entre ellos a Hübner (vol. II, 486). También la información obtenida es mucho más amplia que la de Vicetto. Las votivas le sirven para desmentir el presunto ateísmo galaico proclamado por Estrabón (3.4.16), enumerando los teónimos indígenas (*Nabia*, *Endovellico*, *Coso*) y los romanos (Júpiter, Genios, Lares) (*o.c.*, vol. I, 653 ss.; vol. II, 502, 505, n.1). Completa su geografía histórica con los nombres de los pueblos que aparecen en el *Padrao dos Pobos* (Chaves, *CIL* II 2477), hace un listado de los magistrados, legados y gobernadores posteriores a la conquista (vol. II, 605) o presenta la *tabula* de los *Zoelae* —con las lógicas errores de traducción de las *gentilitates* y *gentes*— como muestra de la onomástica indígena y, al mismo tiempo, de la adopción de costumbres romanas (vol. II, 471).

Ninguna de las tres fuentes que hemos visto, sin embargo, tendrán en sus obras una importancia similar a la de las literarias. El estudio de las lenguas y literaturas clásicas formaba parte de una tradición cultural y académica europea secular, los textos estaban publicados y por tanto eran fácilmente accesibles, y su interpretación no presentaba la complejidad de los epigráficos o arqueológicos. Por supuesto debemos añadir que el volumen de información que proporcionan tampoco es comparable al de otras fuentes. Todo ello se deja ver en las obras de Vicetto y de Murguía, que citan un amplísimo número de autores y obras, prácticamente idénticos en ambos casos. Incluyen a los principales historiadores hasta el s. iv d.C., con alusiones frecuentes a los que han tratado las guerras peninsulares: Livio, Floro, Dió Casio, Apiano y Orosio, Estrabón, Mela o Plinio el Viejo. A ellos se añadirán menciones breves a todos los que ofrecen algún tipo de información sobre el Noroeste, independientemente del género o de la época en que vivieron<sup>19</sup>.

Este exhaustivo conocimiento de la literatura clásica contrasta con la imprecisión con la que son manejados los textos. Es muy llamativa la ausencia de referencias concretas. Vicetto apela al vago «como dice un autor» —sin especificar nombre, obra o referencia— para justificar los ataques romanos a lusitanos y gallegos, describir el carácter de Sertorio o definir los poderes del gobernador en los *conventus*<sup>20</sup>. En numerosas ocasiones tanto él como Murguía se limitan a citar los autores por su nombre, pero sin dar la referencia del pasaje concreto utilizado, no mencionan de qué libro o capítulo se trata, o bien les basta una nota a pie de página en la que indican sencillamente el nombre del autor<sup>21</sup>. En otros casos la referencia no nos aclara nada. Cuando Vicetto narra la muerte del pretor Vetilio a manos de los soldados de Viriato cita el *De bello hispaniense* de Apiano y el número de página, pero no especifica de qué edición se trata (*o.c.*, vol. II, 18), o bien nos hallamos

<sup>18</sup> Así hace con una inscripción de Padrón (*Iria Flavia*) que atestiguaría el culto de Osiris que recogen tanto Morales en su *Viaje sagrado a Asturias y Galicia* como Castellá Ferrer, con interpretaciones diferentes. Murguía ofrece su propia versión, asegura, después de haberla examinado (vol. II, 22).

<sup>19</sup> La utilización de las fuentes es exhaustiva, pues para el período aquí estudiado también incluye a Salustio, César, Valerio Máximo, V. Patérculo, Frontino, Silio Itálico, Tácito, Plutarco, Nepote, Vegecio, Eutropio, A. Victor, Justino, Julio Obsequente, y hasta la Biblia.

<sup>20</sup> Los ataques los realizan «animados de la ambición de su nombre» (*o.c.*, vol. II, 48), Sertorio se caracteriza por tener un «trato afable» (*o.c.*, vol. II, 49) en tanto de «un autor» también se extrae la información sobre la realización

de la función judicial y la jerarquía administrativa entre los legados y el pretor de los *conventus* (*o.c.*, vol. II, 87).

<sup>21</sup> Sería imposible mencionar todos los casos, así que, a modo de ejemplo, valgan las alusiones de Vicetto a Apiano sin especificar nada más, como en la mención de la retirada de galaicos y lusitanos en época de Luculo (*o.c.*, vol. II, 11), el ataque de Viriato a las tropas de Plautio (*o.c.*, vol. II, 18), cita literal de Apiano en latín para explicar la instalación de los lusitanos por S. Cepión (*o.c.*, vol. II, 28). A ellas se les podrían añadir otras muchas a Valerio Máximo (*o.c.*, vol. II, 39), Tácito (*o.c.*, vol. II, 43), Plutarco (*o.c.*, vol. II, 49, 53). Murguía mantiene esa misma imprecisión con Apiano (II, 257), Dió Casio (II, 326), Diodoro de Sicilia (II, 224) y Livio (II, 226).

ante citas inexactas con numeración errónea<sup>22</sup>. Parece que ambos creen que es suficiente mencionar la fuente para demostrar que su historia no es inventada, que tiene una base documental y que a los lectores les basta con su autoridad sin que sea necesario mostrar una mayor precisión.

A la hora de la interpretación de los textos las diferencias entre ambos son mayores. Vicetto deduce hechos sin ningún fundamento, por más que apele a sus estudios e inducciones (o.c., vol. I, 88), como se ve en su interpretación de las campañas de D. Junio Bruto. Éstas son recogidas por varios autores, quienes prácticamente repiten la misma información que es, en su conjunto, muy escasa y apenas dicen nada sobre el itinerario que sigue. En lo que sí insisten es en situar el límite de las mismas en los ríos *Lethes* (Limia) y *Minio* (Miño), y a partir de aquí abandonaría Galicia<sup>23</sup>. Vicetto, en cambio, sitúa una de las ciudades a las que atacó (*Ciniana*, Val. Max. 6.4. ext. 1) en la costa norte de Lugo, cerca de la actual Viveiro. Esto implica extender su campaña por todo el territorio gallego, lo que supondría una duración de varios años, con las consiguientes consecuencias. Por ejemplo, sin ningún motivo afirma que el ejército romano debió permanecer dos o tres meses acampado en la región del Deza porque, razona, habitualmente las tropas avanzaban más lentamente en la antigüedad, las jornadas eran menores y debían pararse a descansar. De aquí deduce que sería entonces cuando se fundarían pueblos como Deza (provincia de Pontevedra), Villasantar y Mellid (provincia de A Coruña). No hay ninguna justificación que permita realizar tal deducción, no hay datos topográficos, restos arqueológicos, inscripciones u otro tipo de fuentes, sencillamente «*Nosotros encontramos esto lo más verosímil, y por lo mismo así lo consignamos en estas páginas*» (o.c., vol. II, 37). La intencionalidad es evidente, pues es una clara deformación de los hechos para justificar la antigüedad de tales lugares.

Murguía, en cambio, analiza las fuentes con una mayor agudeza, y algunas de sus críticas están muy bien fundamentadas. Es capaz de comprender que la visión que nos dan Plinio y Estrabón de los pueblos peninsulares, de sus territorios y límites, son inexactos, erróneos y no obedecen a una realidad histórica. Un problema que sigue siendo tan complejo en la investigación actual como el de los celtíberos<sup>24</sup>, aparece bien comprendido en su obra. Es Roma quien tiene que identificar a los pueblos desconocidos con los que se enfrenta militarmente, así que les otorga un nombre común que puede encubrir realidades diferentes (o.c., vol. I, 481; vol. II, 216 ss.)<sup>25</sup>. Es capaz de negar uno de los elementos de autoafirmación de algunas ciudades gallegas, que sostenían que su fundación se debía a héroes griegos<sup>26</sup>. También desmiente tajantemente la posibilidad de que uno de los pueblos galaicos se denominara *Helleni*, algo que no existía más que en la imaginación de algunos autores (o.c., vol. II, 403, 412).

<sup>22</sup> Cuando alude a la realización del trofeo que hace Viriato con los restos de armamento tomados a los romanos tras su derrota (o.c., vol. II, 19) que asegura tomado de Floro (2.19), cuando en realidad es 1.33.

<sup>23</sup> Las noticias más extensas son las de Estrabón (3.3.4; 3.3.7) y Apiano (73-74), en tanto más brevemente otros autores recuerdan cómo fue llamado *Callaicus* después de su victoria (Ovid. *Fast.* 6.461-462) o el número elevado de pueblos y ciudades que tomó (V. Patérculo 2.5). Solo Floro (1.33.12) parece aludir a una amplia incursión al aludir a los pueblos *omnis Callaeciae*. La investigación actual acepta como límite de su incursión el Miño y no cree que fuese más allá (Tranoy 1981, 127).

<sup>24</sup> Basta con teclear la palabra celtíberos en la base de publicaciones de Dialnet para darse cuenta de ello.

<sup>25</sup> Éste será el argumento que utilizará para extender el territorio de Lusitania durante las guerras de Viriato y el de los cántabros durante la conquista de Augusto (vol. II, 397).

<sup>26</sup> Según la tradición popular, Teucro era el fundador de Pontevedra, Orestes el de Padrón y Anfíloco el de Orense. Murguía no niega la presencia de los griegos en territorio gallego quienes, al igual que los fenicios, habrían llegado con intereses comerciales, lo que niega es la fundación de las ciudades por iniciativa de personajes míticos (vol. I, 17 ss.; II, 131). Sobre el origen de esta idea como reacción a los ataques de Castilla (vid. Cavada y Núñez 2008, 26).

Este mayor rigor de Murguía, sin embargo, tiene un límite. No podemos olvidar que para él, al igual que para Vicetto, las fuentes deben corroborar la tesis principal, la del celtismo y la identidad galaica diferenciada; por tanto, cuando no es así, se obvian, reinterpretan o se utilizan sesgadamente. Lo hemos visto al tratar la arqueología (*vid. supra* p. 169) en la que privilegian los restos celtas frente a los romanos, pero también lo veremos más adelante en la elaboración del relato de la conquista de Galicia.

#### LA ESTRUCTURA DEL RELATO HISTÓRICO

Las fuentes literarias serán, por tanto, la base de un relato histórico que se elabora siguiendo un criterio estrictamente cronológico, en el que los hechos se acumulan uno tras otro<sup>27</sup>. Vicetto tiene incluso el cuidado de señalar cada pocas páginas el año exacto en que acontece cada episodio, aunque no está exento de errores, como cuando sitúa la incursión de Bruto en el 133 a.C. (*o.c.*, vol. II, 30). Además la estructura de su obra se amolda a una periodización muy peculiar. Así el período denominado «conquista romana» se extiende desde el 200 a.C. hasta el nacimiento de Jesucristo, y le sigue la Edad Media, que se inicia con el gobierno del emperador Augusto y abarca todo el Imperio romano hasta el año 400 d.C. Murguía se limitará a narrar los hechos según un criterio cronológico en el que se van sucediendo los contactos con diversos pueblos (fenicios, griegos, cartagineses) hasta llegar a los contactos con Roma y finalmente la conquista.

En cuanto al contenido, Murguía señalaba al principio de su obra la importancia que tenían no solo los sucesos sino también las relaciones sociales, las costumbres o los personajes (vol. I, XLIV). Parece demostrarlo en los capítulos que en el segundo volumen dedica a la geografía histórica o a las consecuencias de la conquista romana, algo totalmente ausente en Vicetto. Sin embargo no podemos perder de vista que el objetivo de sus historias es la de demostrar la existencia de un pueblo independiente que mantiene una lucha constante a lo largo de dos siglos de presencia romana en la península, hasta llegar al sometimiento de Augusto. Los hechos más importantes y en los que se detienen especialmente son de naturaleza política. Se explican con todo detalle los enfrentamientos, las guerras y las incursiones de ambos bandos. Los personajes destacados son los líderes como Viriato, Bruto, César o Augusto, de los que se analizan sus decisiones, estrategias y actitudes ante el enemigo. En algunos casos en medio de ellos se introducen digresiones de naturaleza etnográfica o geográfica, para aclarar alguna cuestión política, como el mítico episodio del Monte Medulio, sobre el que volveremos más adelante<sup>28</sup>. Las reflexiones de naturaleza económica o social son mínimas. Hay, por ejemplo, alusiones a los repartos de tierra de Galba y de S. Cepión a los lusitanos, pero de ahí no se deduce la importancia que tiene en los enfrentamientos con Roma la escasez de tierras y la pobreza, se sigue insistiendo en que se trata de una lucha de naturaleza política, para mantener la independencia, debido a su «belicoso carácter que no les dejaba vivir en paz» (Vicetto *o.c.*, vol. II, 12, 28, Murguía *o.c.*, vol. II, 227).

<sup>27</sup> «Yo entiendo por historia de un pueblo la narración correlativa y cronológica de los sucesos prósperos o adversos que constituyen su vida» (Vicetto vol. I, *Prólogo* V); «los hechos más insignificantes dan a veces las mayores soluciones si se enlazan con el rigor cronológico que demandan. Prosigamos pues, los sucesos, y de los sucesos, al exhibirse, brotará la luz» (Vicetto vol. II, 58).

<sup>28</sup> Murguía le dedica siete páginas (vol. II, 351-357) en el que pretende explicar su situación de manera que lo que él considera un episodio heroico pueda ser plenamente atribuido a los gallegos. Para ello acude tanto a autoridades antiguas (Estrabón), como recientes, entre las que se incluyen desde el P. Flórez, Humboldt, Huzé, al editor de Estrabón, Müller.

## LOS PRIMEROS CONTACTOS CON ROMA

Puesto que lo característico de la historia de Galicia es que nunca se dejó conquistar ni dominar y su rasgo característico es la resistencia (Murguía *o.c.*, vol. I, 219; II, 211) la relación de los celtas gallegos con Roma se presenta como una lucha secular contra los intentos de dominación. Se admite que Galicia no ha estado nunca aislada y ha mantenido contactos con otros pueblos mediterráneos, pero eran de una naturaleza diferente a la que tendrá con Roma. Los fenicios, griegos o cartagineses no han ejercido un dominio efectivo ni han llegado nunca a conquistar el territorio, de manera que la primera amenaza sería a la que se deben enfrentar es Roma (*vid. supra* p. 167). Sería esperable que, siguiendo a las fuentes antiguas, iniciaran su narración con las incursiones de D. Junio Bruto y de J. César, para terminar con la conquista de Augusto. Ahora bien, esta realidad histórica no encajaba con el protagonismo que el pueblo gallego debía tener desde las primeras luchas contra Roma. Si Vicetto y Murguía la hubieran asumido, supondría dejarlo a un lado en aquellos enfrentamientos que serían idealizados por la historiografía hispana del s. XIX y convertidos en hitos de la resistencia al invasor. Nos estamos refiriendo, naturalmente, a las guerras lusitanas, especialmente las lideradas por Viriato<sup>29</sup>. Dentro de la expansión peninsular del s. II a.C. los lusitanos aparecen equiparados en valor y capacidad de resistencia a los celtíberos, los protagonistas del otro gran mito nacional, el de Numancia. No había más alternativa que reinterpretar las fuentes antiguas y para ello se acudió a cuantos recursos fueron necesarios. Se planteó la hipótesis de una confusa identificación del territorio lusitano, fruto de la imprecisión tantas veces demostrada por Polibio, Estrabón o Plinio a la hora de denominar y situar a los pueblos peninsulares. Su ignorancia de los límites de los lusitanos dejaría fuera, erróneamente, al menos a parte de Galicia<sup>30</sup>. O bien se hacían deducciones carentes de cualquier base: si Apiano afirmaba que los pueblos que se enfrentaron a los romanos vivían según sus propias leyes, no había más alternativa que incluir a los gallegos, que, como todo el mundo sabía, así habían vivido hasta la conquista de Augusto (Murguía *o.c.*, vol. II, 230). En cualquier caso, siempre se podía recurrir a la idea de que ambos pueblos habrían mantenido una alianza así que «sin que quepa la menor duda (los gallegos) tomaron parte en las guerras viriathicas» (Murguía I, 13; II, 221, 246; Vicetto vol. II, 10 ss.). Naturalmente Viriato es un jefe galaico, como aseguraba Vicetto (*o.c.*, vol. II, 13) y reconocía Murguía con estas palabras: «si las presunciones del historiador pudiesen servir en esta ocasión a falta de datos más positivos, de golpe nos atreveríamos a afirmar que era jefe de una tribu asentada a orillas del Miño» (*o.c.*, vol. II, 242). De esta manera «empezamos a inaugurar el período de la conquista romana en nuestra historia, porque desde entonces fue cuando Galicia empezó a significarse en la lucha sangrienta de su independencia» y la lucha es siempre «por la libertad y por la patria» (Vicetto vol. II, 9 ss.). Vicetto le dedica 14 páginas a sus proezas, y lo retrata como un individuo inteligente, excelente estratega, «gallego de pura raza, duro, altivo, indomable» (*o.c.*, vol. II, 13) cuya muerte merece una extensa descripción<sup>31</sup>. La participación en las guerras lusitanas supone ser partícipes de algunos de los enfrentamientos más duros, sangrientos y violentos

<sup>29</sup> En esta época también se escribe la historia de España como nación, cuyo mejor ejemplo es la obra de Modesto Lafuente *Historia de España* (1850). Se produce así la «nacionalización del pasado» que dará lugar a la creación de los grandes mitos como el de Viriato en la época antigua y se resaltará el papel fundamental de Castilla (Villares 2000, 390 ss.).

<sup>30</sup> Murguía, señala que, si años más tarde las fuentes nos dicen que Bruto tardó tanto tiempo en recorrer la Lusitania, solo podía deberse a que el territorio era mayor de lo que aseguraba la investigación tradicional, y debía abarcar parte de Galicia (II, 217, 241 ss., 281).

que tuvieron lugar durante la conquista peninsular, y este será también un factor a tener en cuenta a la hora de crear la imagen de Roma.

Una vez debidamente establecida la antigüedad del enfrentamiento Galicia-Roma, se da paso a la narración de los dos episodios que las fuentes clásicas y la investigación tradicional consideran como primeros contactos con los galaicos, la expedición de D. Junio Bruto y la de J. César. La interpretación y valoración de los hechos es similar en ambos, concluyen que no tiene ninguna repercusión en la independencia de Galicia y, por tanto, ninguno de los dos es tampoco retratado con demasiada dureza.

La incursión de Bruto se presenta como un proyecto personal, no como un intento de conquista planificada por el Estado romano. Junto a la razones personales se alude a otras estratégicas y económicas, frenar las incursiones galaicas y buscar las riquezas mineras, pero para ello ni era necesaria la conquista total del territorio, ni tampoco sería posible con los escasos medios disponibles. Así que la descripción del recorrido que va mucho más allá de lo que las fuentes sugieren (*vid. supra* p. 171) concluye sin consecuencias políticas. Cuando abandona Galicia no se ha impuesto ningún tipo de dominio estable, ni en el plano fiscal con el cobro permanente de impuestos, ni con el establecimiento de guarniciones, ni con reformas administrativas. No afecta a la independencia de los galaicos y no queda más que como una incursión pasajera. Todo ello hace que su retrato no sea negativo y, sin negar alguna matanza ocasional, su cierta consideración con los vencidos permite presentarlo como un individuo audaz, valiente y prudente (Vicetto *o.c.*, vol. II, 30 ss., 42; Murguía II, 279 ss.).

La expedición de J. César recibe una valoración similar. Siguiendo estrictamente las fuentes clásicas, la habría llevado a cabo movido por propios intereses personales vinculados al desarrollo de su carrera política en Roma, así que de nuevo estamos ante una incursión sin apenas consecuencias, anecdótica e irrelevante. Tampoco él muestra un intento planificado de conquista y tanto los lusitanos como los cántabros vivirán bajo las antiguas leyes y en completa libertad cuando se marche (Vicetto vol. II, 59; Murguía vol. II, 319 ss.).

Con estos tres episodios que muestran los primeros contactos con Roma, se configura su imagen de Roma, que es absolutamente contrapuesta a la de los gallegos. En Galicia predominaba el espíritu independiente de su pueblo «en las ásperas montañas, en donde el celta vigoroso conservaba su altivo espíritu y no consultaban más que los propios naturales impulsos» (Murguía *o.c.*, vol. II, 209), y no dudaban en acudir a la guerra contra un pueblo tan poderoso como Roma para mantenerlo (Murguía *o.c.*, vol. II, 278). En las guerras lusitanas, bajo la dirección de Viriato ha dado constantes pruebas de ello y en la conquista de César se demuestra en la memorable resistencia del monte Herminio<sup>32</sup>. Aquí, al igual que en otros episodios heroicos como el del Medulio (*vid. infra* p. 175), si es necesario, se desplazan los escenarios desde la posición habitualmente reconocida por la investigación, hasta situarlos en Galicia o lo más cerca posible.

Por la otra parte nos encontramos con una visión de Roma que se hace derivar, sobre todo, de la actuación de sus magistrados durante las guerras celtibéricas y lusitanas. Afirmaba Vicetto,

<sup>31</sup> Es una de las mejores muestras del romanticismo de Vicetto que contrasta con la mayor seriedad de Murguía. Acentúa la situación dramática del asesinato con detalles sensoriales que nos permiten oír la respiración tranquila del héroe lusitano, ver el brillo de las hojas de los puñales, oler «el humo pesado y sofocante de la mecha resinosa de la tienda» y percibir los sentimientos de los traidores que se estremecen de terror (*o.c.*, vol. II, 26 ss.). Como contraste, la muerte

de Viriato es narrada por Murguía en apenas 5 líneas (*o.c.*, vol. II, 270)

<sup>32</sup> Cass. Dio 37, 52-53. El monte Herminio estaría situado cerca de Galicia, y los lusitanos, en su retirada ante el acoso romano, se refugiarían entre los galaicos, exactamente en las islas Cies, en donde mostrarían todo su valor en su enfrentamiento con César (Murguía *o.c.*, vol. II, 325 ss.).

«nuestro pueblo se retiró a los ventisqueros para defenderlos del pueblo latino, que creía su enemigo implacable, porque avanzaba sobre él, sangriento, vengador y señorial» (*o.c.*, vol. II, 7). El poder romano es cruel, no perdona a los vencidos y se ensaña con ellos, lo que aparece demostrado en las matanzas indiscriminadas de Galba, que actúa «con la ferocidad del lobo carnicero», las de Lúculo y Serviliano, con sus acciones a sangre fría, inhumanas y sin paralelo en ninguna otra acción conocida del hombre (Vicetto *o.c.*, vol. II, 11 ss.; Murguía *o.c.*, vol. II, 237). Al tratamiento a los vencidos se unen los verdaderos objetivos de su conquista, así que son presentados como avaros, porque expolían, roban y saquean las riquezas (Murguía *o.c.*, vol. II, 236). Como demostración Murguía recopila y suma todas las cantidades de oro y de plata que se sacaron de España (según Livio) desde Escipión a Q. Fulvio Flaco (*o.c.*, vol. II, 211 ss.). Tampoco aparece bien considerada la institución más antigua de Roma, pues ni siquiera el Senado respeta los pactos «lleno de aquella altivez y desabrimiento patricio» como cuando rompe la paz con Viriato (Murguía II, 205, 252, 262, 268).

La manipulación es evidente: carácter negativo de todo lo romano, heroicidad de lo galaico, resistencia superior a la de cualquier otro pueblo. Con estas características de ambos bandos mantenidas a lo largo de dos siglos, Vicetto y Murguía nos preparan para la conquista definitiva, la de Augusto.

#### LA CONQUISTA DE AUGUSTO Y SUS CONSECUENCIAS

La situación, se admite, es totalmente diferente a la de las incursiones anteriores. Ahora no se trata de una expedición puntual, sino planificada estratégicamente, no era «un paseo militar por Galicia como Bruto ni fondear en la Coruña (...) se trataba de someter, guarnecer y conquistar por la fuerza de las armas a toda la región cantábrica y nuestra región, para que toda España fuera una provincia del imperio» (Vicetto *o.c.*, vol. II, 63). Se pasa así de la explotación económica del territorio y de las invasiones momentáneas, incidentales, en busca de los metales y ganados, a la búsqueda del dominio conseguido por la fuerza, no por la razón (Vicetto *o.c.*, vol. II, 8). Es el último esfuerzo por mantener la independencia y las propias leyes (Murguía II, 349). La resistencia es heroica, exige un considerable esfuerzo a Roma que tendrá que emplear cinco años para conseguirlo y convertirá a Galicia en la «última nación que humilló la cerviz a Roma» (Murguía II, 360).

Para subrayar el heroísmo de estos pueblos se recuerda el episodio del Monte Medulio, en el que los indígenas prefirieron suicidarse antes que entregarse a Roma. Este hecho fue convertido por gran parte de la tradición histórica en un hecho heroico similar al de Numancia. Es curioso que la valoración de Vicetto y de Murguía sea absolutamente dispar. Vicetto rechaza alabarla por una cuestión moral: quien se suicida es un cobarde, así que creía que los gallegos no habían actuado de acuerdo a su secular espíritu combativo (Vicetto *o.c.*, vol. II, 67). Esto no le impide, de todas formas, convertirlo en una acción de los gallegos situando el monte dentro de su territorio<sup>33</sup>. Por el contrario, Murguía (*o.c.*, vol. II, 368 ss) realiza un notable esfuerzo de crítica textual, de aportaciones bibliográficas remontándose a los historiadores eruditos del s. XVIII (Cornide, el P. Florez) a los

<sup>33</sup> Lo cual no le impide buscar la localización del mismo basándose en datos botánicos, literarios y topográficos, en sus propias palabras, discutiendo las numerosas hipótesis existentes. Para él estaría situado

en Teijido, es decir, en donde se encuentra actualmente uno de los santuarios más populares de Galicia, S. Andrés de Teixido, en la comarca de Ortegá (*o.c.*, vol. II, 70 s.).

contemporáneos como Villaamil y Castro, a la lingüística, la arqueología o los análisis geográficos, para convertir el Medulio en gallego, y considerar el suicidio colectivo como un sacrificio por la libertad de la patria<sup>34</sup>.

El retrato de Augusto, sin embargo, es idéntico en ambos casos. No es ni un gran político ni un estratega, ni su carácter se asemeja a las benévolas descripciones de Bruto. Aparece como un personaje indolente, que se aburre del tipo de guerra de los montañeses, «se entristece» y se retira a *Tarraco* (Vicetto *o.c.*, vol. II, 64; Murguía II, 358). A esta aparente debilidad le sucede la crueldad que muestra tras la conquista, cuando no demuestra ningún tipo de piedad con los vencidos a los que mata y vende como esclavos o toma como rehenes (Murguía *o.c.*, vol. II, 377).

Las consecuencias de su incursión ya no tienen nada que ver con lo anterior, no solo porque se pierde la independencia por primera vez, sino por las dimensiones que adquieren las transformaciones impuestas desde el poder. Estamos ante el mayor intento de cambio de la sociedad en toda su historia, ya que abarca todos sus aspectos y son de naturaleza bien diversa. La enumeración es significativa, incluye los cambios político-administrativos, institucionales, jurídicos, económicos, sociales, religiosos, lingüísticos y culturales. Ahora bien, como ya hemos visto, el trabajo histórico no es aséptico, no se limita a exponer hechos, además los juzga y valora para presentarlos al lector dentro del proceso de construcción nacional. En su prólogo al primer volumen (XLIV) aseguraba Murguía que él siempre trató de mantener la imparcialidad, ahora bien, no se podía dejar de sentir el dolor y las injusticias que se habían cometido contra Galicia, de modo que «el que estas líneas escribe nunca ha creído en la absoluta imparcialidad de la historia (...) no creemos que podamos ser fríos espectadores del pasado (...) tal vez no haya toda la imparcialidad que exigen algunos, pero nuestro carácter no nos permite otra cosa». Lo hemos visto ya en el manejo y utilización de las fuentes, pues su mayor rigor y seriedad respecto a Vicetto se desvanecen ante el objetivo común de la exaltación de la Galicia antigua. ¿Cómo valorar los cambios impuestos por Roma? Era imposible juzgarlos todos ellos negativamente sin dar una imagen de absoluta subjetividad, así que se admite la bondad de algunos, casi todos vinculados a aspectos culturales y, por tanto, menos relevantes. No se niega el progreso que supone romper el forzoso aislamiento que había impuesto a Galicia su geografía con lo que «entra en la comunidad de los grandes pueblos», la civilización latina con el arte que todavía reflejan algunos monumentos, ciertas costumbres o la urbanización (Murguía *o.c.*, vol. II, 395, 447, 487).

Todo esto no deja de ser una pequeña parte de los cambios impuestos, el resto es juzgado de distinta manera. Es cierto que ahora no se puede alegar la violencia o la crueldad en su imposición, terminadas las guerras no hay actividad militar y, además, Roma parece respetar la diversidad indígena. Sin embargo Murguía, con una agudeza notable, analiza esa hábil política romana que, bajo la apariencia del respeto, impone su poder en las cuestiones fundamentales. Se analizan entonces los cambios estructurales, de mayor calado que los culturales, y se pone de manifiesto el carácter coercitivo con el que se mantienen. Así se permite que las comunidades conserven sus propias leyes y normas locales, pero con la cláusula de que se hace solo en tanto Roma quiera, y siempre bajo el control omnímodo del gobernador. Se trataba solo de una apariencia de autonomía, nada era real. Se impone la unidad administrativa y judicial con las nuevas divisiones provinciales, conventuales y la fundación de las tres ciudades, interpretadas como centros militares de presión y manifesta-

<sup>34</sup> La idea de la gesta heroica «similar a la de Numancia» permaneció incluso en los medios eruditos del s. xx. Todavía Torres consideraba que era «la cumbre de la heroicidad de una raza», «el perenne

ejemplo histórico de heroicidad de un pueblo en masa» (1980, 114, 119-120); sobre este historiador *vid.* el semblante biográfico de Precedo 1990.

ción de la centralización administrativa<sup>35</sup>. En el plano económico parece mantenerse la propiedad de la tierra en manos indígenas, pero a costa de la expropiación de parte de ella para concedérsela a colonos romanos. Se le añade la exhaustiva explotación de todos los recursos de Galicia, uno de los objetivos de la conquista, que serán expoliados a través del censo, del control fiscal y de la explotación minera y agrícola. Los beneficios de esta explotación no redundan en Galicia, sino en Roma. En las cuestiones sociales lo más novedoso es la introducción de la esclavitud en época de Augusto, algo que se deja ver especialmente en la explotación de las minas. No hay verdadera integración en la sociedad, pues las inscripciones mostrarían que el ascenso social a través del ejército o de la administración solo se produce entre romanos o sus descendientes. Por último, incluso en cuestiones como la religión, el aparente respeto a las divinidades indígenas tenía su contrapeso en la introducción del culto a Júpiter, la mayor divinidad romana (Vicetto vol. II, 78 ss.; Murguía *o.c.*, vol. II, 393, 401, 456, 462; 478). Por supuesto todo ello encuentra su máxima expresión en la pérdida de la independencia de Galicia, así que ni toda la prosperidad que se podría alcanzar sería suficiente para valorar la conquista «lleaos vuestra civilización, ahorraros vuestra amistad, dejadnos en nuestra barbarie ya que como hombres sois tan inferiores» (Murguía vol. II, 379). Hasta la concesión de algunos derechos, como el *ius Latii* con Vespasiano o la ciudadanía de Caracala, ya no significarán nada y carecerán de importancia (Murguía vol. II, 466).

Lo significativo es que el perjuicio de la conquista romana se extiende hasta el s. XIX. Vicetto llega a atribuir a los romanos la «división de castas de la nobleza y la plebe» y la implantación del sistema de explotación de la tierra que se mantuvo hasta entonces, el foro (Vicetto vol. II, 83). Es decir, la conquista romana lastraría la evolución del pueblo gallego, hasta ser la causa de su atraso social y económico.

Una vez expuestas todas las consecuencias, habría que ver cómo se encajaba la conquista, la pérdida de la independencia y las transformaciones impuestas por el nuevo poder sin por ello quebrantar la identidad gallega, que tendría que llegar intacta hasta el XIX. La solución fue demostrar la escasa implantación romana y el fracaso de sus cambios. Se ve, en primer lugar, en el mantenimiento de la raza celta: «sus individuos eran de elevada estatura, robustos y ágiles, tenían la piel blanca, el color vivo, los ojos azules y los cabellos rubios o rojos; tipo que aún se conserva en nuestras montañas en toda su pureza» (Vicetto vol. I, 20); «una población que lleva todavía impreso en el rostro las señales inequívocas de la raza a la que pertenece» (Murguía *o.c.*, vol. I, 8; vol. II, 446). No solo permanece la raza, sino casi todo lo que significaba, muchos de sus antiguos monumentos, la religión porque siguen con sus divinidades, la lengua que no derivaba estrictamente del latín sino que era una mezcla con el celta, la mayoría de las costumbres porque se siguen manteniendo las mismas como sagradas y no se conservó ninguna romana, y a pesar de que a veces se ve la mezcla con lo romano, no se puede negar la permanencia: «pudo en verdad el romano asentarse tranquilamente entre nuestras tribus y obligar a sus hijos a trabajar en las minas que abría la codicia latina, pero no borrar el sentimiento y las inclinaciones propias de una gente que a la ferocidad de los pueblos guerreros unía la proverbial dulzura de carácter de su raza» (Murguía, vol. I, 10 ss.). Roma vence, pero no puede acabar con el pasado; casi todo lo que pretende imponer fracasa, así que «en nada prevaleció Roma más que en el hecho mismo de su conquista y dominación» (vol. I,

<sup>35</sup> Con una curiosa interpretación de Murguía: Roma procede a un cambio en el equilibrio territorial al propiciar el abandono de los núcleos costeros, que habían mantenido contactos seculares con los semitas

y eran sus mayores enemigas, en favor del interior; de ahí la situación de las nuevas fundaciones como Lugo o Braga (*o.c.*, vol. II, 458).

34; Vicetto vol. II, 93). «Venció Roma, dominó, mandó como señora, pero no puedo ni llenar con sus hijos el suelo gallego, ni borrar por completo las huellas de lo pasado» (Murguía *o.c.*, II, 32 ss.).

A lo largo del trabajo hemos visto algunas de las diferencias más destacadas entre Vicetto y Murguía en el tratamiento y valoración de las fuentes, la metodología, la importancia de las creencias tradicionales y los mitos, o el concepto de historia. Todo ello, sin embargo, se diluye cuando se analizan sus objetivos, que son comunes, fundamentar la identidad específica de Galicia. Así que su imagen de los heroicos indígenas celtas contrapuesta a la dureza de la conquista romana, que finalmente se manifiesta inútil, es prácticamente idéntica.

La fuerza de su relato en la sociedad e incluso en los medios académicos se mantuvo durante mucho tiempo y para verlo basta mencionar tres ejemplos. En primer lugar, la permanencia de una visión heroica de la Galicia que protagoniza las luchas de Viriato o la resistencia del Monte Medulio. Un historiador como C. Torres, que fue profesor de la Universidad de Santiago y autor de la historia de la Galicia romana que se mantuvo como referencia hasta la aparición de la obra de Tranoy (1981), aún utilizaba los mismos argumentos. Para él, «el Medulio es la cumbre de la heroicidad de una raza que defiende su independencia y libertad» (1982, 87). Estas palabras nos dan la medida de cómo relata otros acontecimientos similares (1951, 9; 1976, 11, 29).

En segundo lugar, la recuperación, a finales del s. XX, por parte de algunos investigadores, de las tesis celtistas, que todavía hoy, a pesar de las evidencias en contra, siguen teniendo una gran aceptación popular. Las monografías, congresos y artículos varios, tratan de volver a la idea de la originalidad respecto a los otros pueblos<sup>36</sup>.

Por último, la idea de que Galicia apenas se había romanizado. No solo la aceptaron los galleguistas como Risco (González Beramendi 1980, 35), sino que fue asumida por la mayoría de la investigación hispana hasta la revisión del propio concepto de romanización y su aplicación al Noroeste, a partir de los trabajos de Pereira Menaut (1980, 1984, 1988, 1992

## BIBLIOGRAFÍA

- BARREIRO FERNÁNDEZ, X. R., 1977, *El Levantamiento de 1846 y el nacimiento del galleguismo*, Pico Sacro, Santiago de Compostela.
- , 1986, «A Recreación do mito celta», *A Nosa Terra* 7, 27-29.
- , 1988, «La historia de la historiografía gallega (siglos XVI-XIX)», en: J. de Juana López, X. Castro (eds.) *IV Xornadas de Historia de Galicia. Historiografía galega*, Ourense, 15-79.
- , 1993, «A historia da historia: Aproximación a una historiografía galega: de Murguía a Risco», en: J. González Beramendi (ed.), *Galicia e a Historiografía, Semata* 5, 183-209.
- , 2001, «Murguía, historiador», *Congreso sobre Manuel Murguía. Actas das xornadas da Dirección Xeral de Promoción cultural (Arteixo 25-27 Maio de 2000)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 13-27.
- , 2012, *Murguía*, Galaxia: Vigo.
- BERMEJO BARRERA, J.C., 1989, «Los antepasados imaginarios en la historiografía gallega», *Cuadernos de Estudios Gallegos* 38 (103), 74-91.
- CASARES, C. (coord.), 1995, *Vicente Risco. Actas do Congreso celebrado en Ourense (18-21 outubro 1995)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.

<sup>36</sup> Como muestra de la recuperación cabe recordar la celebración del *Congreso Galego sobre a cultura celta*, celebrado en 1997; para la difusión de esta idea en la historiografía gallega, *vid.* Maiz 1984b, Barreiro

1986, Juega 1996, López 1997, Pereira González 2000, Iglesias 2001, Cavada y Núñez 2008; para su discusión con argumentos históricos, Pereira Menaut 2007.

- CAVADA NIETO, M., NÚÑEZ GARCÍA, O., 2008, «El celtismo galaico en la historiografía gallega de los siglos XIX y XX», *Miniús* 16, 23-62.
- FERNÁNDEZ, C., 1995, «A idea da historia en Vicente Risco», en: C. Casares (coord.), *Vicente Risco. Actas do Congreso celebrado en Ourense (18-21 outubro 1995)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 67-85.
- FERNÁNDEZ PINTOS, M.<sup>a</sup> P., 1999, «Torres de Oeste: cerámica indíxena e romana nas excavacions dos anos 70», *Gallaecia* 18, 223-238.
- GONZÁLEZ BERAMENDI, J., 1980, «A idea da historia en Vicente Risco», *Orense* 5, 31-38.
- , 1985, «Achegamento as ideoloxías do Galeguismo», en: J. de Juana, X. Castro (Eds.), *I<sup>as</sup> Xornadas de Historia de Galicia*, Diputación de Orense, Orense, 168-184.
- , 1994, «Breogán en Numancia. Sobre los orígenes y peculiaridades del galleguismo decimonónico», en: *III<sup>es</sup>. Jornades de debat. Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Centre de Lectura de Reus, Reus, 81-119.
- , 1995, «A visión de Galicia na historiografía galeguista (1840-1940)», *Coloquio Letras* 137-138, 201-204.
- , 1995b, «Risco, teórico do nacionalismo», en: C. Casares (coord.), *Vicente Risco. Actas do Congreso celebrado en Ourense (18-21 outubro 1995)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 157-174.
- , 2000, «Un ideólogo singular, Manuel Murguía e as bases da nacionalidade de Galicia», *BRAG* 361, 79-118.
- , 2001, «As bases ideolóxicas do galleguismo político», en: *Congreso sobre Manuel Murguía. Actas das xornadas da Dirección Xeral de Promoción cultural (Arteixo 25-27 Maio de 2000)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 107-141.
- , 2007, *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Eds. Xerais: Vigo.
- IGLESIAS DIÉGUEZ, A., 2001, «Manuel Murguía: ideólogo do celtismo», en: *Congreso sobre Manuel Murguía. Actas das xornadas da Dirección Xeral de Promoción cultural (Arteixo 25-27 Maio de 2000)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 279-282.
- JUEGA PUIG, J., 1996, «A implantación dun mito: o celtismo en Galicia», en: J.M. Hidalgo Cuñarro (ed.), *A cultura galega castrexa a debate. Actas del curso de verano de Vigo (Tui 17-19 de Julio de 1995)*, Instituto de Estudios Tudenses, Tui, 41-62.
- LÓPEZ GARCÍA, J.C., 1997, «A influencia do celtismo na obra de José Villamil y Castro», *Gallaecia* 16, 97-109.
- LORENZANA, S., 1979, «O galeguismo ideolóxico de Vicente Risco», *Grial*, 56-66.
- MAIZ, R., 1984, «La construcción teórica de Galicia como nación en el pensamiento de Manuel Murguía», *Estudios de Historia Social* 28-29, 133-147.
- , 1984b, «Raza y mito céltico en los orígenes del nacionalismo gallego: Manuel Murguía», *Revista española de investigaciones sociológicas* 25, 137-180.
- , 2001, «A fundamentación histórico-política da nación galega na obra de Manuel Murguía», en: *Congreso sobre Manuel Murguía. Actas das xornadas da Dirección Xeral de Promoción cultural (Arteixo 25-27 Maio de 2000)*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 41-68.
- MANDIANES CASTRO, M., 1990, «Identidad gallega según B. Vicetto y M. Murguía», en: X.M. González Reborado, X.A. Fernández de Rota (eds.), *Actas do simposio Internacional de antropoloxía. Identidade e territorio*, Consello da Cultura Galega, A Coruña, 203-212.
- MARTÍNEZ MURGUÍA, M., 1906, *Historia de Galicia*, Tomos I y II (1979, Ed. Facsímil de la 2ª edición de la librería E. Carré) Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao.
- MARTINÓN-TORRES, M., 2000, «Murguía e a arqueoloxía galega», *BRAG* 361, 221-244.
- NAVEIRO LÓPEZ, J.L., 2004, *Torres do Oeste: monumento histórico e xacemento arqueolóxico*, Deputación Provincial de Pontevedra, Pontevedra.
- Os Celtas da Europa Atlántica. Actas do I<sup>o</sup> Congreso Galego sobre a Cultura Celta 1997*, 1999, Concello de Ferrol, Ferrol.
- PEREIRA GONZÁLEZ, F., 1996, «O pensamento arqueolóxico e antropolóxico de Leandro Saralegui e Medina», *Cuadernos de Estudios Gallegos* 43, 9-33.
- , 1996b, «Unha contribución ao estudo da historia da arqueoloxía galega: o emprego da información arqueolóxica en Galicia», *Gallaecia* 14-15, 7-29.

- , 1997, «As opinións sobre a humanidade primitiva na Galicia do século XIX e as súas relacións co a información arqueolóxica», *Gallaecia* 16, 71-95.
- , 1998, «Dous exemplos de prehistoria imaxinaria en Galicia: B. Vicetto e Leandro Saralegui e Medina», *Gallaecia* 17, 447-469.
- , 1999, «O pensamento antropológico na Galicia do s. XIX: problemas e perspectivas», *Gallaecia* 18, 375-413.
- , 2000, «O mito celta na historia», *Gallaecia* 19, 311-333.
- , 2003, «Primeiras referencias aos celtas na historiografía galega», *Gallaecia* 22, 441-469.
- , 2004, «O celtismo na historiografía galega do século XVIII», *Gallaecia* 23, 221-249.
- , 2007, «A cuestión das orixes na historia de Galiza», *Gallaecia* 26, 285-312.
- PEREIRA MENAUT, G., 1980, «Historical Landscapes and Structures. A Reflection on the Case of Roman Galicia», *Boletín Auriense* 10, 25-31.
- , 1984, La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de Callaecia como paradigma», *Veleia* 1, 271-287.
- , 1988, «Cambios estructurales versus romanización convencional. La transformación del paisaje político en el norte de Hispania», en: J. Arce, J. González (ed.), *Estudios sobre la Tabula Siarensis* (Anejos de Archivo Español de Arqueología 9), Madrid, 245-254.
- , 1991, *Corpus de Inscripciones Romanas de Galicia, vol. I: A Coruña*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela.
- , 1992, «Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis. La experiencia de Gallaecia», en: M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Actas del I Congreso de Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, Madrid, 35-43.
- , 2007, «El celtismo de Galicia, ciencia y leyenda reconciliadas», *Museo de Pontevedra* 61, 135-148.
- PEREIRA MENAUT, G. (ed.), 1997, *Galicia fai dous mil anos: O feito diferencial galego*, Santiago de Compostela.
- PRECEDO LAFUENTE, J., 1990, «D. Casimiro Torres, presbítero e historiador», *Compostellanum* 35, 3-4, 367-375.
- RISCO, A., 1993, «Vicente Risco e os Orientes», *A Nosa Terra. A nosa cultura*, 27-32.
- RISCO, V., 1933, «Manuel Murguía», *Arquivos do Seminario de Estudos Galegos* VI, IX-XLVI.
- SCHULTEN, A., 1962, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Espasa-Calpe, Madrid.
- TORRES RODRÍGUEZ, C., 1948, «Galicia en la guerras Cántabras: La tragedia del Monte Medulio», *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela* 51-52, 53-72.
- , 1951/52, «Conquista de Galicia por los romanos, antes de las guerras cántabras», *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, 57-60; p. 77-110.
- , 1976, «La conquista romana de Galicia», en: *La Romanización de Galicia*, Ediciones del Castro, Sada (A Coruña), 9-30.
- , 1980, «La Tragedia del Monte Medulio y su ubicación», *Gallaecia* 6, 111-120.
- , 1982, *La Galicia romana*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, La Coruña.
- TRANOY, A., 1981, *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule Ibérique dans l'Antiquité*. Ediciones De Boccard, Paris.
- VICETTO, B., 1866 *Historia de Galicia*, vol. I y II, ed. Alvarellos, Lugo, (Ed. Facsímil 1979 del original, Taxonera, Ferrol).
- VV.AA., 1976, *La romanización de Galicia*, Ed. del Castro, Sada (A Coruña).
- VILLARES PAZ, R., 1979, «López Ferreiro e a historiografía gallega», *Grial* 66, 421-441.
- , 2000, «A formación de Murguía como historiador», *Grial* 147, 385-398.